



LOS CAMINOS VERDES SON UNA OFERTA MARCHITA

María Fernanda Mujica R.

Las costeñas colombianas atravesaron la goajira en la búsqueda de superar la marginalidad, de acumular ganancias, cuando Venezuela gozaba del dólar petrolero a 4.30 y el peso se les cuadruplicaba; pero la bonanza les duró un poco más de diez años y aún continúan en esta tierra donde en muchos casos no han sido bienvenidas. Suman varios los millones de colombianos que residen en nuestro país, crearon sus propios barrios y se desempeñan, en su mayoría en los oficios domésticos y en el rebusque.

La inmigración colombiana echó raíces en Venezuela. Estos trabajadores sufren todos los rigores de la marginalidad venezolana; pero los que se asentaron no regresan, aun cuando hoy las ganancias fáciles de la Venezuela saudita quedaron en el olvido. Si regresaran tendrían que volver a comenzar y todos, de una u otra manera, se integraron a nuestra forma de vida.



Josefa, Sixta, Marina y Betty tienen entre cinco y trece años viviendo en el país al que inmigraron y donde trabajan en casas de familia, fijadas o por día.

Todas rememoran su venida por "la vía" como una aventura que realizaron porque no conocían los peligros del indocumentado, pero que hoy no repetirían; simplemente era la valentía del inmigrante que se lanza a un mundo desconocido por sobrevivir y darle mejor vida a los suyos.

Este grupo de amigas comparten unas habitaciones de una pensión en las cercanías de la parroquia San Juan pues todas coinciden en tener su propio sitio donde disfrutan de sus días de descanso fuera de los sitios de trabajo.

Betty se vino de Barranquilla porque su mamá se lo insinuó. Trabajó tres años y medio como secretaria, pero actualmente es una desempleada más, y en un año ha trabajado en oficios de limpieza, para mantenerse ella y a su hija venezolana de un año de edad. "En estos momentos la vida se me hace difícil, fui en diciembre a mi país y me di cuenta que la situación aquí y allá es igual".

"Si no hay trabajo se pasa hambre", dicen todas reforzando a Betty.

Marina está también sin tra-

bajo. Josefa labora por días y Sixta está fija en una casa.

Venirse no fue fácil. Sixta dejó a sus seis hijos y todo lo que gana lo manda para su casa. "Uno se viene por necesidad, no como muchos se expresan de nosotras que venimos a pútear o a robar".

En la misma Colombia al emigrante lo ven diferente, esperan que vuelvan bien vestidas y "creen que nos enriquecemos fácilmente". También dicen que vienen a buscar marido, y Betty acota que es lógico pues se vino señorita y ahora tiene una hija. Cuando viajan tienen que ir cargadas como San Nicolás, pues la obligación es llevar dinero y regalos.

¿POR QUE NO REGRESAN?

Josefa explica que en Colombia están pagando mejor que antes. Por ejemplo, en una casa de familia se percibe un sueldo de ocho mil pesos, que son como 800 bolívares, mientras hace unos cinco años o más aquí recibíamos 1.200 bolívares y allá trescientos.

— Nos quedamos por costumbre, por vicio. Sixta dice que aquí el dinero rinde un poquito más. Josefa, que aquí puede ahorrar; y Marina, que le es más fácil controlar sus gastos. Claro está —explica Sixta— que me ahorro la comida de mis hijos pues los tengo en mi



Fotos:
Vasco
Szinetar

pueblo; si los tuviera aquí no me alcanzaría el sueldo.

Josefa y Betty cuentan que muchos amigos que se fueron en diciembre no regresaron y que hasta muchos de ellos están mejor allá.

COLOMBIANOS SIEMPRE

No se sienten diferentes. ni marginados. Son atendidas en los hospitales y acuden a los mismos lugares de los venezolanos, con quienes comparten fiestas y muchas veces la vida comunitaria; pero, aunque se hable mal de su nacionalidad, jamás niegan su origen.

Les duele cuando leen avisos solicitando trabajadores donde especifican "¡no colombianos!". *"Muchas veces, en los carritos por puesto, hablan mal de nosotros; no nos queda más remedio que callar. Si la ofensa es personal, entonces sí respondemos"*.

Entre los trabajadores se diferencian. Para ellas el andino colombiano no tiene nada que ver con el costeño, y en un refrán lo definen así: *"cachaco, palomo y gato, tres animales ingratos"*. Dice el grupo —que nos invita a tomar un delicioso café "Almendras" colombiano— que las dominicanas trabajan más en los bares y los sitios nocturnos.

Betty no se siente venezolana

y le da rabia cuando compañeras suyas están poco tiempo aquí y van a Colombia y hablan al estilo venezolano y para muchas es símbolo de "status" haber estado en Venezuela.

Marina dice que hay muchos venezolanos que no los quieren y que pagan todos por la mala fama del colombiano. En la pensión viven dieciséis y, como en todas partes, existen honrados y ladrones, flojos y responsables, en fin buenos y malos.

LA MATRACA Y LA EXPLOTACION DEL INDOCUMENTADO

El trabajador colombiano sufre la matraca en los dos países. El impuesto de salida es de Bs. 400; todos en diciembre pagaron tres bolívares más. De lo que llevan, les quitan las autoridades colombianas, y de lo que traen, la guardia venezolana. Es ya el impuesto acostumbrado.

Todas llegaron indocumentadas. Para legalizar sus documentos pagaron "a los de adentro" y a los intermediarios, que muchas veces son paisanos. Todas, hoy, tienen sus documentos en regla; no hay nada que temer. Algunas pasaron "la vía" sin ni siquiera tener documentos colombianos. Los goajiros sirven de contactos; a veces utili-

zan cédulas venezolanas que les prestan. A Josefa la pasaron unas monjitas de Carrasquero a Maracaiibo; allí la señora donde trabajó le sacó los papeles en veinte días. Betty dice que con plata se pasa fácil por todos los caminos y que la suerte la ayudó cuando atravesó, hace años, la carretera principal. Muchas rezan la oración del viajero: "Si tienen ojos que no me vean..."

Por ser indocumentadas, muchas pagaron la pena del explotado. A Marina la trajo una goajira de "El Limón"; le trabajó un mes gratis y duró con ella seis meses más, pues no la dejaba irse. Sixta tuvo más suerte porque pasó la frontera en un jeep particular y portaba cédula venezolana. Saben de muchos casos en que al colombiano indocumentado se les pagaba por debajo del jornal mínimo y de mujeres que llegaron a la prostitución para pagar su traída.

Pero ahora los casos son pocos o serán mucho menos, porque traspasar la frontera y dejar a los seres queridos para quizás sumarse a la lista de los desempleados venezolanos no es porvenir, ni se vende como una gran oferta.